

IN MEMORIAM:

FREDERICK D. WILHELMSSEN

El fallecimiento en Dallas del profesor Frederick D. Wilhelmsen, recién cumplidos los setenta y tres años de edad, no sólo toca muy directamente a esta casa que es *Verbo*, sino al entero pensamiento tradicional, del que era uno de sus representantes más agudos al tiempo que más esforzados. Personalmente también me llega al hondón del alma, pues era uno de mis más preciados amigos. Cuando todos los indicios apuntaban a que el cáncer de garganta que padecía había sucumbido a la radiación y no se había reproducido, y cuando tanta falta nos hacía en el buen combate, un infarto nos lo arrebató súbitamente de la trinchera cada vez más desguarnecida del tradicionalismo católico.

La figura y la obra de Federico —así le conocíamos sus amigos— Wilhelmsen no resultan, por lo menos en ciertos círculos, desconocidas en España, donde alcanzó una cierta notoriedad por su presencia entre nosotros durante los mejores años de su juventud y por su comprensión y fidelidad, que no le abandonaron nunca, hacia la fe de la Cristiandad a través de su supervivencia en España y más concretamente en el carlismo.

Wilhelmsen llegó a España en 1957 de la mano del gran filósofo de la política Wilmoore Kendall —con quien compartía íntimas fruiciones intelectuales—, para participar en las sesiones del *Centro Europeo de Documentación e Información* (CEDI), entidad creada a comienzos de los cincuenta por el recordado José Ignacio Escobar y Kirpatrick, marqués de Valdeiglesias, y el querido Alfredo Sánchez Bella, con apoyo del a la sazón ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín Artajo. A los pocos meses de esa visita, y merced a la ayuda proporcionada por una fundación norteamericana, retornó, estableciéndose por dos años en la

ciudad de Avila. De esta primera época son, además de los contactos del CEDI y del grupo intelectual y político capitaneado por Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid, sus primeras relaciones con el carlismo. Rafael Gamba le hubo de conocer muy pronto, pues a su carlismo de una pieza, intelectual y práctico, unía buenas relaciones con el equipo Calvo-Pérez Embid. Años después, en un artículo de 1969, así describirá el maestro roncalés su encuentro: «Conocí a Wilhelmsen allá por los años cincuenta en Avila. Fui a visitarle con mi mujer, y nos acompañaba Ignacio Hernando de Larramendi con la suya, porque el matrimonio Wilhelmsen había fijado su residencia en aquella ciudad castellana desde hacía ya un año. Wilhelmsen era un norteamericano de origen escandinavo, de altísima estatura, aire infantil y de una sencillez y simpatía poco comunes. Tendría entonces poco más de treinta años. Se había doctorado en Filosofía y acababa de publicar en Estados Unidos su principal obra filosófica, *Man's Knowledge of Reality*, un estudio fundamental sobre la epistemología de Santo Tomás de Aquino. Había sido precisamente el conocimiento profundo de la filosofía cristiana —y del tomismo en particular— lo que inspiró en el espíritu de Wilhelmsen su fervor por la Ciudad Cristiana, esto es, por la civilización forjada en la Cristiandad preluterana. Por este cauce penetró en el sentido de la Contrarreforma y de la civilización del barroco o española. Por él comprendió también el sentido profundo de continuidad y de lealtad histórica que posee el Carlismo español, su pervivencia hasta nuestros días y el significado de su gesta bélica» («Carlismo U.S.A.: Mr. Frederick Wilhelmsen», *¿Qué Pasa?* de 11-X-69).

Hubo de ser esta emoción y el anhelo de ponerse en contacto con algo que hunde sus raíces en lo más sagrado de la tradición común —podemos seguir con Gamba— lo que le trajo a España, y no solamente a visitarla sino a establecerse, a arraigarse en su ambiente. Y esta misma inspiración le llevó a escoger la ciudad recoleta «de los caballeros», la ciudad mística del Carmelo. Allí, en una casa señorial y falto de toda comodidad moderna, pasó varios de los crudísimos inviernos abulenses. Luego

se trasladaría a Pamplona, donde enseñó varios cursos en la entonces joven Universidad de Navarra.

Así, Wilhelmsen hizo de España una suerte de patria espiritual, pues se le aparecía como un islote de Cristiandad en el piélago de la sociedad pluralista laica, una auténtica comunidad dentro de un contexto mundial puramente coexistente. La unidad católica que España conservaba como un tesoro, y no sólo en la legislación fundamental, sino también en todas sus pulsiones vitales, ejemplificaba maravillosamente lo que nuestro autor llamaría años después una «ortodoxia pública» católica y tradicional (Cfr. *La ortodoxia pública y los poderes de la irracionalidad*, Madrid, 1965). El designio europeizador, por el contrario, venía a desmedular la constitución natural e histórica de España, unida inseparablemente a la catolicidad. En 1964, casi al término de su período español, escribiría al respecto: «Esta llamada europeización de España abandonaría como causa perdida la constitución histórica y tradicional de España, así como su papel civilizador dentro del tiempo y el espacio. Nosotros decimos que si esta visión fuera acertada, no obstante sería una visión mezquina y pobre, un rendimiento poco digno de un español. Exigirla la destrucción de nuestra personalidad como nación. En vez de descentralizar el poder dentro de España, todo el poder sobre España se encontraría fuera de sus fronteras. Nos referimos no principalmente al poder político, sino también y sobre todo al poder social, cultural y económico, poderes en conjunto que arruinarían el carácter, la personalidad y la religión de España» (*El problema de Occidente y los cristianos*, Sevilla, 1964).

De ahí que se acercara al carlismo, en el entendimiento, que el tradicionalismo del momento había precisado de modo admirable, principalmente por obra de los profesores Rafael Gambra y Francisco Elías de Tejada, de que no era un simple y pintoresco pleito dinástico del siglo diecinueve, sino algo que poseía raíces e implicaciones universales, el hilo viviente de la tradición hispánica intelectual y religiosa. Y en el carlismo halló singularmente su hogar intelectual y afectivo, desoyendo los cantos de sirena procedentes de un entonces activísimo neotradicionalismo algo

desvitalizado y pronto *aggiornado* —como es bien sabido— en neoliberalismo tecnocrático. Por ello, si durante aquellos años colaboró en las iniciativas culturales del grupo Calvo-Pérez Embid, escribiendo en revistas como *Nuestro Tiempo* y *La Estafeta Literaria* y en colecciones como *O crece o muere*, que mantenían todavía una orientación tradicional *lato sensu*, también —como ha quedado dicho— trabó relación con Rafael Gambra e Ignacio Larramendi, conoció a Pepe Arturo Márquez de Prado —que le introdujo en las aventuras del Requeté, manteniendo desde entonces inalterable una estrecha amistad— y a Manuel de Santa Cruz, y secundó las iniciativas culturales de Elías de Tejada y Vallet de Goytisolo, etc. Así, en cuanto a las segundas, intervino en la V Reunión de amigos de la Ciudad Católica, celebrada en 1964 bajo la rúbrica de *Contribución al estudio de los cuerpos intermedios*, con una conferencia titulada «La evolución de los cuerpos intermedios», que luego se recogió en *Verbo*. Respecto de las primeras, es de destacar la ponencia desarrollada en las *Jornadas Hispánicas de Derecho Natural* de 1973, en la que ofreció una síntesis magistral de la situación del derecho natural en la cultura jurídico-política anglosajona de este siglo. En resumen, optó por la que entonces se divisaba como más neta, y pronto sería prácticamente la única, entre las orientaciones tradicionalistas.

En 1965 se despidió de la Universidad de Navarra, para volver a los Estados Unidos, y en concreto a Dallas, en cuya Universidad católica enseñó hasta su muerte filosofía y política. Con este motivo se le tributó un homenaje en Pamplona y en Leiza, con intervención del *Muthiko Alaiak*, en el que pronunció un discurso ensalzando el papel de Navarra. También hizo unas declaraciones, en las que resumió así su pensamiento político: «Tradicionalista, es decir, el tradicionalismo cristiano y católico que, traducido, significa la unidad formada de la variedad, encontrando ahí un espejo de Dios, cuya unidad divina se forma en la Trinidad de Personas. El autogobierno del pueblo a través de sus instituciones, capaces de frenar la tendencia eterna del poder público hacia la tiranía. Esta doctrina regional y foral, quitando la parte del mundo anglosajón, se ha conservado en el mundo occidental solamente

aquí, en Navarra. Como complemento, una economía que evite la despersonalización encontrada en las grandes ciudades, que trate de conseguir un balance entre el campo y la ciudad, que respete al artesano y al hombre pequeño, y que así procure una vida social digna y humana. Conclusión: Fueros, Fueros y más Fueros, animados por el espíritu católico» (*Montejurra*, junio de 1965).

Nuestro hombre, sin embargo, nunca se marchó del todo de España. Irregularmente mantuvo su colaboración con revistas españolas, y en particular nuestra *Verbo*, pero sobre todo, a través del *Christian Commonwealth Institute*, que fundó con L. Brent Bozell, regresó muchos veranos a El Escorial para dictar cursos de cultura católica y española a universitarios de distintos centros de los Estados Unidos. Esas jornadas, año tras año, se convirtieron hasta su desaparición en un foro de primer orden por el que pasaron distinguidísimas figuras del panorama cultural, no sólo español (Alvaro d'Ors, Francisco Elías de Tejada, Rafael Gamba, etc.), sino también europeo (Josef Pieper, Christopher Derrick, el archiduque Otto de Habsburgo, etc.). Pero también buena parte de su actividad intelectual y publicística allende el Atlántico respondería al designio de infundir en la cultura católica y conservadora estadounidense un injerto hispánico. La revista *Triumph*, fundada por Wilhelmsen en 1966 junto con el citado Brent Bozell, que compartía con Wilhelmsen el entusiasmo por la hispanidad, y con el cosmopolita aunque culturalmente afrancesado Thomas Molnar, en sus diez años de vida puede considerarse en buena medida expresión depurada de tal intención, al tiempo que de otras visiones del abigarrado movimiento conservador norteamericano.

* * *

La figura de Federico Wilhelmsen, pues, se presenta como una de esas especies hoy por desgracia en peligro de extinción, propia de tiempos menos indigentes que el nuestro, por la riqueza, el colorido, el vigor y hasta la magnanimidad que rezuman. Profesor de las Universidades Santa Clara de California, de Na-

varra y de Dallas, impartió también cursos como profesor visitante en diversos centros de Iraq, Méjico, Nicaragua, Argentina y España. Su obra se distribuye entre la filosofía y la política.

Filósofo católico en la línea de Santo Tomás de Aquino, pero sin los reduccionismos de tantos tomistas, siempre primó en él la síntesis original, aplicada fielmente a los nuevos problemas del día. Por lo mismo, en metafísica y gnoseología, cultivó a los autores clásicos de la escuela, al tiempo que se lucró de la renovación gilsoniana, y por más que los temas adquirieran siempre a través de su lente una fisonomía personalísima y luminosa, fulgurante. Sus libros *Man's Knowledge of Reality* (1955), *El problema de la trascendencia en la metafísica actual* (1963), *The Paradoxical Structure of Existence* (1970), o últimamente *Being and Knowing* (1991) son muestra de una vocación filosófica purísima. Pero también por ese signo propio, inequívoco de su quehacer intelectual, se volcó sobre temáticas novedosas como la comunicación, aprovechando el acervo de McLuhan, a quien conoció y apreció, como acreditan sobradamente sus *The War in Man: Media and the Machine* (1970) y *Telepolitics* (1972), ambos escritos con la colaboración de Jane Bret.

Además, ya desde el principio de su carrera, como muestra entre otros su estudio *Hilaire Belloc: Non Alienated Man* (1953), la filosofía política concentró no pocos de sus desvelos. Obtuvo una cátedra de esta última junto con la de metafísica, y de ahí que buena parte de su producción pueda colocarse en estas celdillas. Su libro de 1978 *Christianity and Political Philosophy* es quizá la mejor prueba de ello, pero sin que deban olvidarse otras como *La ortodoxia pública y los poderes de la irracionalidad* (1965), *Persona y sociedad* (1984), curso impartido en castellano en la Universidad Nacional de San Luis, en Argentina, e incluso algunas de tono quizá no académico, pero de gran valor, como *El problema de Occidente y los cristianos* (1964) o el a modo de catecismo divulgador de la doctrina carlista *Así pensamos* (1977). También a esta categoría pertenecen muchas de sus colaboraciones de revista, principalmente en *Modern Age* y en *Verbo*.

Finalmente, quedaría mutilado un importante sector de la personalidad de Wilhelmsen sin una referencia a su carácter militante. Pues no sólo fue un filósofo teórico y práctico, sino que se afanó en el combate religioso, político y cultural con una actitud propiamente práctica-práctica. Como escribí para su *Festschrift*, a la que se dio el feliz título de *Saints, Sovereigns and Scholars* (1993), había en él un aura romántica, algo de caballero del ideal. Algunas anécdotas de su vida lo acreditan cumplidamente: como el querer adherirse al juramento de defender la unidad católica de España que los jefes de requetés reunidos en la trapa de La Oliva hicieron el día de Santiago de 1964, cuando los aires conciliares dejaban presagiar la tormenta; o el viaje relámpago a España, poco después de su vuelta a Estados Unidos, para advertir a Franco de lo que creía iba a ser un golpe inminente, que Calvo Serer —su director de tesis en la Universidad de Madrid en los años cincuenta— frívolamente iba anunciando por los salones de Washington, de donde Brent Bozell recogió la noticia, que le transmitió telefónicamente a Wilhelmsen, quien primero voló desde Dallas, para continuar luego viaje juntos saliendo hacia Madrid en el primer avión...; o el intento de romper el cerco que el 1975 mantenían en torno de don Javier de Borbón-Parma algunos de sus hijos, don Hugo a la cabeza, en un periplo rocambolesco, que le valió a nuestro hombre la concesión por don Javier de la cruz de la legitimidad proscrita, extremo que hacía constar con orgullo en su curriculum para estupefacción de la «Academia» estadounidense. Por eso, ¿puede sorprender a alguien que dispusiera que le amortajaran, además de con el rosario, con la boina roja entre sus manos? También, privilegio de ex-combatiente de la segunda guerra mundial, la bandera americana descansaba sobre el ataúd. Si a lo anterior sumamos sus singladuras marinas, narradas en sus libros *Omega: The Last of the Barques* (1962) y *The Brigantine Romance: A Book of Yarns* (1996), el perfil de un Wilhelmsen aventurero adquiere nitidez acabada.

Por todo ello, nuestro llorado amigo ocupaba una posición peculiarísima dentro del movimiento conservador estadounidense. El reciente libro de Patrick Allitt constituye una buena prueba,

tanto más valiosa por la poca simpatía que muestra por el «hispanico» Wilhelmsen (*Catholic Intellectuals and Conservative Politics in America: 1950-1985*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1993). Excluyendo a los enemigos «neoconservadores», al lado del «sudista» Melvin Bradford y del «anglosajón» burkeano Russell Kirk, ambos desaparecidos en los últimos años, Molnar y Wilhelmsen siempre han portado una cierta carga heterodoxa, aquél por la amplitud de su visión panorámica de temas y culturas, éste por la hondura y el arraigo de todas sus tomas de posición. Por mi parte no albergo la menor duda respecto de que Wilhelmsen es uno de los nombres cimeros del conservatismo norteamericano de este último medio siglo y de que igualmente ocupa uno de los primeros puestos entre los pensadores tradicionalistas hispánicos, junto con Rafael Gambra y Alvaro d'Ors, con Eugenio Vegas Latapie y Juan Vallet de Goytisolo, con Vicente Marrero y Francisco Canals, con José Pedro Galvão de Sousa y Osvaldo Lira, con Juan Antonio Widow y Gonzalo Ibáñez.

Lamento que estas páginas sólo acierten a reflejar muy desleídamente los trazos brillantes de su vida y su obra. Pues de las sombras, ¿quién no las tiene?, ni hablaré... En esta hora triste se agolpan en mi recuerdo los almuerzos anuales en el restaurante mejicano de la calle San Bernardino, donde su presencia era festejada de inmediato por dueños y camareros. Y la primera vez que le ví, en una de nuestras reuniones de los martes, acompañado por Pepe Arturo Márquez de Prado. Y el curso de verano en El Escorial sobre *La contrarrevolución legitimista*, al que le invité en 1993, coincidiendo entre otros con Reynald Sécher, René Pillorget, Roberto de Mattei y Danilo Castellano. Y las conferencias y seminarios que le organicé en mi Universidad y el Colegio Universitario San Pablo. Uno de los días, haciendo alarde de condiciones físicas y constreñido por exigencias presupuestarias, pronunció tres conferencias distintas en español. Y nuestra visita un día caluroso de julio a la Cuenca de don José Guerra Campos, con quien hablamos durante más de cuatro horas. Conservo también una gruesa carpeta de cartas suyas, todas preñadas de proyectos. Aun a riesgo de importunarle, en mi corres-

pondencia siempre le reiteraba la necesidad de que escribiera un manual sistemático de filosofía política católica. Nunca llegó a abordarlo y sólo quedan en tal sentido las conferencias madrileñas en la Universidad de Comillas de 1992 publicadas luego en *Verbo*. Sus memorias, en las que trabajaba los últimos tiempos, quedarán incompletas, igualmente, ya que sólo culminó un primer capítulo sobre su infancia y juventud, otro sobre su vida en Ávila y uno último sobre diversas peripecias carlistas, en el que —creo— se narran las que antes he referido. Tampoco dispondremos de un ensayo extenso sobre las distintas corrientes del movimiento conservador americano, con comprensión de la especial contextura del mundo anglosajón, pero con cabal asunción de las premisas latinas y en particular hispánicas, que también me permitía insistirle que acometiera y del que no tenemos más esbozo que el de la conferencia pronunciada en la Gran Peña en 1992 y también publicada en *Verbo*.

En el preliminar de su *The Metaphysics of Love* (1962) se definió como «un hombre que cree que el “ágape” yace en el corazón de todo ser», mostrando a continuación su íntimo convencimiento de que «la mejor manera de alcanzarlo está en la teología de la Santísima Trinidad o en la ontología de la existencia humana dentro de la historia». Por donde teología, metafísica, historia y política se funden en un abrazo de vida. Quizá por ello Rafael Gamba escribió tajante que «con nadie en Europa he hablado un lenguaje tan profundamente identificado como con aquel americano carlista que se llama Frederick D. Wilhelmsen». Descanse en paz el maestro, el amigo y el comillite.

MIGUEL AYUSO